

## LOS HUMILDES

... « Y cuánta gente envejece,  
Que no sirve para nada! »

Qué sabe el mal poeta de los que sirven y de los que huelgan en la inmensa comunidad humana! Gotas de agua reunidas forman los océanos; átomos superpuestos los continentes que de las masas líquidas emergen; á costa del esfuerzo anónimo de mil desdichados, se labran las reputaciones y se amasan las fortunas de los elegidos; por el continuo trabajo, y por las virtudes ignoradas de cien generaciones, se afirman las razas, y cantan los poetas, y legislan los políticos, y al bosque y al mar roban ritmo y número los músicos; por el esfuerzo de los oscuros soldados, se ganan las batallas y ostentan los jefes entorchados de oro; las máquinas se mueven, brilla la luz eléctrica por las noches, los campos producen el dorado grano, gracias al esfuerzo de los humildes, de los que envejecen sin provecho para nadie, como cree el rimador. Desde la llanura crecen los montes, de lo infinitamente pequeño surge lo grandioso, de la materia inerte en apariencia esa fuerza complicada y sutil, maravillosa y fuerte que late en el corazón, piensa en el cerebro, vive en los nervios y se perpetua en el éxtasis.



CONATO DE PESCA  
APUNTE DEL NATURAL; por DIONISIO BAIXERAS.

— ¿Qué cepas son esas que con tanto afán cultivas, viñador?  
— Las que producen el obscuro mosto, el fuerte y áspero vino que escaldaba la garganta del obrero, y le da fuerza y vigor para soportar el trabajo continuo, inacabable, que es su lote en la tierra. Cuando pienso que sus oscuras rojizas olas prestan fortaleza al débil, salud al enfermo, alegría al afligido y fuerza de ánimo al apocado, clavo mi azada con más ardor. Años atrás, cultivé los dorados racimos que dan el vino espumoso, claro como el cristal, que refresca y perfuma los labios. Pero, cuando supe que ese vino sirve como objeto de lujo, cuando me dijeron que los hombres se embrutecen absorbiendo su espuma, arranqué las cepas escogidas, y planté las que ahora cultivo.  
— ¡Cultiva las cepas humildes, viñador, y sea fecundo tu trabajo!  
— ¿Por qué arrancas las flores que encantan la mirada, labrador, y dejas únicamente en pie esos tallos de hierba, terminados en verde espiga, áspera al tacto y nada hermosa?  
— Las flores que te agradan dan la muerte, si á solas con ellas te encierras; pueden servir de adorno, pero no rinden provecho. En cambio,

esas espigas encierran el alimento de mi hermano. Cuando el calor las dora y el viento las separa de su tallo, saltan los granos sabrosos que el ingenio humano convierte en harina, con la que se amasa el pan que acalla el hambre del cuerpo, y el pan ázimo que han menester para su alma los creyentes. Cada partícula del polvo en que esas espigas se convierten, se convierte en músculos, en sangre, en pensamiento, al pasar por el misterioso y potente laboratorio que encierra cada cuerpo humano.

— ¡Arranca las flores labrador, y ojalá crezcan lozanas las espigas!

— ¿Para qué sirves viejo lobo de mar, que te empeñas en vivir, cuando tus manos no pueden sostener un remo, ni tu cansada vista advertir el peligro á tus compañeros?

— Yo soy el recuerdo y soy la tradición. Explico á mis hijos y á los hijos de mis hijos los riesgos que he corrido, los apurados trances en que me he encontrado en el seno del mar eterno é inquieto, y ellos aprenden en mis palabras, y así pueden apercibirse á la defensa, cuando la tempestad amenaza.

— ¡Dilatada sea tu vida, viejo marinol

— ¿Y para qué sirves tú, momia ambulante, corroída por la lepra, fatigada por todas las luchas, desengañada por todas las ilusiones? De pie, años y años, junto al atrio de una iglesia, pareces contemporánea de las piedras comidas por la polilla que nada perdona; pareces la caritativa lastimosa de la miseria humana sustentando sobre su encorvada espalda el templo que al cabo se ha de derrumbar. ¿Tienes alguna utilidad en este mundo?

— Yo soy la imagen del castigo. Mi vida, para quién sabe leer en las arrugas de mi rostro, sirve de escarmiento. Yo explico cómo un hombre colmado de los dones todos de la naturaleza y de la fortuna puede convertirse en una caricatura horrible de sí mismo; cómo puede perder inteligencia, fuerza, varonil belleza; cómo puede pervertirse poco á poco su corazón, si la fiebre de las pasiones sopla su aura destructora sobre él, inculándole el virus de todos los vicios, el veneno de todas las degradaciones. Viví para gozar á mi antojo, y ahora muero padeciendo.

— ¡La paz sea contigo, pobre desdichado; ya sé ahora para qué sirves!

— ¿Por qué trabajas esos toscos instrumentos forjados, cuando tus manos hábiles pueden modelar las pulidas armas, las afiligranadas rejas?

— Hubo un tiempo en que empleaba mis habilidades en lo que dices; pero cuando supe que con esas armas el hermano desgarraba el pecho de su hermano; que con ellas se apoderaba de la hacienda del humilde, y destruía la felicidad del dichoso; cuando me convencí de que la reja más tenue en apariencia, sirve para quitar la libertad á un ser cualquiera, entonces me avergoncé de mí mismo, y empecé á forjar esas otras armas de trabajo, con las cuales, si se desgarran las entrañas de la tierra, es para depositar en ella la simiente que, convertida en espiga, alimenta á los hombres.

— ¡Forja tus toscas armas, forjador, y sean su filo y su punta útiles á mis hermanos!

— ¿Cómo no aborreces tu labor eterna, troglodita? ¿Cómo puedes vivir en el fondo de esa mina tenebrosa, arrancando pedruscos, sufriendo la acción de los gases deletéreos que de ellos se desprenden, en tanto que sobre esa negra viscosa bóveda brilla el sol esplendoroso, que difunde luz y vida por el espacio desmedido, por la fecunda tierra?

— Es que en el seno de estas tinieblas, donde cumpla mi solitario trabajo, he aprendido á conocer la inanidad de todas las grandezas de esta vida. Con mis herrados zapatos, huella á veces cráneos de hombres que quizá fueron fuertes y poderosos; con la punta de mi pico destrozó troncos seculares, convertidos ahora en hulla inerte. Y á mí mismo me digo, que viviendo de uno ú otro modo, siempre la vida es vida y que tarde ó temprano la muerte es muerte. ¿Qué más da hallarla en el fondo de un pozo, que bajo el pabellón de una cama dorada?

Salí á la luz. Y en tanto que contemplaba cómo el sol incendiaba cielo y tierra con sus resplandores de gloria, comprendí que no hay humildad ni grandeza, que no existen abismos de pobreza, ni alturas de fortuna; y que todos los hombres, así los fuertes como los débiles, no somos sino simples máquinas de transformar materia, sujetos á la eterna ley, que dispone que cada uno de nosotros debe crecer, reproducirse y morir. Y entonces admiré á los humildes, y supe por qué viven y esperan.

A. RIERA

## MODERNISTAS AMERICANOS

MIGUEL E. PARDO

Al día siguiente de conocer al escritor, conocí su libro, *Viajeros*, y me empecé en sostener en el círculo de mis amigos que aquel muchacho tenía mucho talento. Muy pocos fueron de mi parecer; para la mayoría, ha necesitado ir Miguel E. Pardo primero á Madrid y después á París, y allí descubrirle, para que sus dotes de artista hayan sido reconocidos.

Ni es este el primer caso... ni será el último, probablemente.

El escritor caraqueño llegaba á Barcelona desterrado, y la casualidad, ella únicamente, se encargó de hacerle nuestro amigo, el amigo de media docena de jóvenes que, de los puntos cardinales de España, también la casualidad había reunido en el rincón de un café, de donde más tarde dispersados, cada cual ha procurado cumplir su destino en el mundo, excepto, para que nada faltase, alguno que otro *déplacé* que aun ignora cual es el suyo.

Escribo del literato venezolano sin apasionamiento.

En un tiempo, nuestra amistad fué muy íntima;... después, después... he continuado creyendo que vale mucho como artista.

Su prosa nerviosa, de un asombroso colorido, tiene el don de animar la frase, que resulta viva, con su fisonomía especial, ese don que todos pretenden y sólo los escogidos alcanzan.

Una tarde, obscurado ya, leíame á la luz de un farol, en la calle de Preciados, una de las crónicas madrileñas que enviaba á Caracas. Hablaba de Luisa Campos, describía su baile en *Via libre*, y la instantánea no podía ser más precisa. Las frases se amontonaban, con una cadencia de danza, y la figura de la artista surgía con todos sus encantos, con toda su gracia, llena de voluptuosidades, y se la veía tal como se la aclamaba; tal cual era.

Como esta crónica, cien otras habíanme impuesto de las grandes dotes de observador fidelísimo y descriptor fácil que en Miguel E. Pardo concurrían. Vivíamos en la misma casa, le veía trabajar, y dicho sea en su honor, trabajar sin tregua ni descanso, para dar abasto yo no sé á cuántos periódicos de Caracas, Valencia y Berquisiano; quedándole aún tiempo y paciencia para esmerarse y cuidar algunas docenas de cuartillas que habían de insertarse en «El cojo ilustrado», de la capital primeramente citada, «El Figaro», de la Habana ó «El Imparcial», de Madrid.

No sé quien ha dicho que Pardo tiene mucho de Bonafoux, cuando escribe. Mero accidente, cuestión de forma á veces; en el fondo son dos, muy diferentes. El personalismo de Bonafoux es suyo y de nadie más; lo ha comprado á trueque de muchas lágrimas y mucha hiel.

Pardo puede haber sentido la influencia del notable cronista puertorriqueño; pero no es Pardo, Pardo, cuando es Bonafoux, ni ese Pardo merecería que de él se hablase.

Los escritores que valen más que su obra, son legión; pero no forma parte de ella el poeta caraqueño. De muchos, cabe decirse que piensan más de lo que pue-

den escribir; de Miguel E. Pardo debe asegurarse lo contrario, aunque parezca paradójico: escribe más de lo que piensa.

Para él no hay dificultad en trasladar al papel, y siempre en forma sugestiva, el más trivial de los sucesos, como el más trascendental de los acontecimientos; todo es útil como primera materia, y todo queda convertido en obra artística de buena ley.

Muy de tarde en tarde, en estos últimos cuatro años, han llegado á mis manos escritos de Miguel E. Pardo. Alguna que otra crónica en *El cojo ilustrado* ó en *El Figaro*, y su último libro, *Al Trote*, que puedo hojear en estos momentos, bastando su breve lectura para convencerme de que este tomo viene á corroborar mis afirmaciones. Las cualidades que en otros tiempos le distinguían, sin acentuarse, se han afirmado, y el escritor más dueño de sí mismo, con una cultura muchísimo mayor, expresa lo que siente, describe lo que observa, emite sus ideas libre y noblemente, y ahonda, ahonda en el misterio del vivir, soldado de esa falange de infatigables que pretenden hallar en el corazón humano el pliegue en que se esconde la causa de los mil anhelos, las ansias terribles, los tormentos crueles que afligen y perturban al hombre moderno.

Pardo, como Carrillo, como Reyles, busca en un arte exquisito, un arte todo sentido, el instrumento de difusión de su labor humanitaria y santa, y por eso, en su pluma, la lengua castellana adquiere la sugestión de la propia belleza; identificándose onomatopéicamente la frase con la idea.

Por fortuna, se apartan de nosotros aquellos días en que César Frank era considerado como un insensato, porque su música tenía acentos de ira y de piedad, de agitación y de calma, y rompía con lo previsto y prescrito, para pintar en su obra las tempestades encontradas del alma humana.

Por fortuna, esos tiempos han pasado, y el artista, libre de trabas, sólo aspira á la sincera expresión de sus ideas y sentimientos; que por algo ha definido el coloso de nuestro siglo, Emilio Zola á la obra de arte «la naturaleza á través de un temperamento» y quizás pudiera añadirse «y de un estado de ánimo».

Pensando así y sintiendo modernamente, Miguel E. Pardo, ha conseguido su nombre, que si en Venezuela es popular y respetable, es en el resto de hispano-américa apreciadísimo, con justicia, pues en él se ha verificado el raro consorcio del talento y la laboriosidad; y si en braba lucha por la vida, Darwin adjudicó el triunfo al fuerte, el fuerte, entre los intelectuales, es siempre el hombre de más voluntad.

Joven aún, su obra empieza; y vencedor ya, el resto del camino de la vida ha de serle fácil al que ha sabido echar á un lado, en los primeros años, los obstáculos de todos los principios.

A la postre, es un consuelo para los desgraciados, poder decir, al recordar á un amigo:

«Uno que puede ser feliz.»

TOMÁS ORTOS RAMOS



¿QUÉ LE DIRÉ? — COMPOSICIÓN Y DIBUJO DE B. GILI ROIG.



UN GOLFO

UN ABRAZO

Cuando te abrazo, asíltame la idea  
de ser yedra que oprime á una escultura;  
más, ola azul ciñendo la hermosura  
de la triunfante Vénus Citera.  
Más, ser círculo de oro que rodea  
de un soberbio brillante la luz pura;  
más, ser trozo de sombra en que fulgura  
la luna que las noches nacarea.  
Más, ser del sol engarce peregrino;  
más, ser paño de cáliz argentino;  
más, ser sagrario de tu busto terso.  
Más, ser de un alma el amoroso lazo  
y más, ser Dios cogiendo en un abrazo  
la redondez sin fin del Universo.

SALVADOR RUEDA

CANTARES

No pienses, esaboría,  
que te vas á divertir  
de este querer tan entero  
que guardaba para ti.

He sufrido muchas penas,  
pero la pena más grande  
es llorar en un desierto  
sin que me consuele nadie.

El canario te cantaba  
y ni siquiera le oías;  
¡hoy te empeñas en buscarlo...  
y está la jaula vacía!

Enseñando muchas ciencias  
hallé sabios en el mundo;  
¡de la ciencia del querer  
no encontré sabio ninguno!

La gratitud plantó un árbol  
todos al pasar lo vieron;  
¡como nadie lo cuidaba,  
en seguida quedó seco!

Mi madre se está muriendo  
y no quieren que la vea:  
¡como si la pena mía  
pudiera ser mayor pena!

Prendió la guardia civil  
á ese pobre por ladrón;  
¡quitó un pan para sus hijos  
y llorando lo quitó!

Al ver rosa tan lozana  
ni á tocarla me atreví,  
y luego fué del primero  
que pasó por el jardín.

NARCISO DIAZ DE ESCOVAR

LABOR ETERNA

La Naturaleza — visión de ojos dulces —  
toma á su cuidado los recién nacidos,  
y hasta el lecho llega de las pobres madres,  
y sabios consejos murmura á su oído.

« No me lo abandones, mujer, porque he puesto  
grandes esperanzas sobre el tierno niño:  
quiero que tus ojos le sirvan de cielo  
donde brillen todos los anhelos míos;  
quiero que en tu seno recoja la savia  
que estoy produciendo para él hace siglos;  
quiero que lo cuides como yo á las aves,  
á las mariposas y á las flores cuidó.  
Dile que la tierra por él es fecunda,  
que por él se mueven cantando los ríos;  
que le aguardo, ansiosa de hablarle de amores,  
bajo el silencioso dosel de los pinos.

No me lo abandones, no me lo descuides,  
que sobre él derramo mi inmenso cariño. »

La madre la escucha, la escucha sonriendo,  
como los que escuchan un relato antiguo:  
si la visión dulce se aleja, ella sigue  
dándose, en voz baja, los consejos mismos...  
¡porque hace ya tiempo, porque desde niña  
en el alma siente vibrar aquel himno!

E. MARQUINA



ESCLAVITUD DORADA

(Salón Róñra, Fernando VI, 39.)

# LAS FIESTAS DE MI PUEBLO

(COSTUMBRES ARAGONESAS)

I

A 19 kilómetros de la capital de Aragón, divísase alegre pueblecito, que, por su blancura, parece ser un nido de palomas. Como rasgando las nubes, se ve la esfumada silueta de un campanario, y, salvando las enrisicadas prominencias del camino, se distingue maciza mole cuadrangular, salpicada de ladrillos esmaltados, motivo decorativo de la Iglesia, recuerdo preciado de aquella época en que el barbarismo de los árabes, sujeto, por conquista de nuestros monarcas católicos, á la doctrina sublime del cristianismo, legó al arte esos grandiosos monumentos arqueológicos que sólo España puede gloriarse de poseer, conocidos con el nombre de mudejares.

No lamen los muros del templo las rizadas aguas del mar; pero serpentea á sus pies pobre riachuelo que, alimentando extensa vega, labra la riqueza de los lugareños.

A pocos metros antes de llegar á la Iglesia, se alza labrada cruz ojal, que indica la existencia de un pueblo que siente y ama la religión del Crucificado, porque virtuoso Párroco la enseñó é hizo que fructificara en el corazón de sus queridos feligreses; practicando con desinterés, que á veces llegó al heroísmo, las hermosas obras de misericordia.

II

El alcalde del pueblo, en la época en que lo visité, llamábase *Pachín*: era alto y fornido, de rostro moreno, como quemado por el sol en las labores agrícolas, y que rara vez lavaba, al igual que las callosas manos, porque se hacen *erbasas*, según dicen los baturros. Vestía calzón corto de pana, que mostraba blanquísimo calzoncillo; chaleco de idem, que siempre llevaba abierto, y sobre él ancha faja, que hacía resaltar la camisa de hilo crudo, planchada con agua — á excepción de los días festivos, en que la llevaba bien almidonada; — recortando la cabeza, lucía multicolor pañuelo de seda, sujeto á la parte derecha, por un nudo. La alpargata, abierta, de cáñamo, con cintas de algodón negro, que aprisionaban los pies, cubiertos con caladas medias, era el calzado de nuestro alcalde, quien gozaba de gran fama, por noble y hombre recto; cualidades que le valieron la vara de mando que manejaba con singular gracia.

La mujer de *Pachín* era la *Chata*: cara frescota, cuerpo airoso, cubierto con el jubón, sobre el que se destacaba abigarrado *pañolico* de cuatro puntas, ceñido al talle y dejando al descubierto sus bien contorneados brazos; falda de variados colores, y delantal negro, cortitos, lo bastante para que por debajo asomaran sus ligeros pies, aprisionados en zapatos de cordobán, tan ligeros, que no *había mozo de aguante* á quien no rindiera bailando la jota.

III

Es el día del santo Patrón. De los pueblos circunvecinos vienen carros adornados con follaje, atestados de gente granada, luciendo sus mejores trajes.

Con tal motivo, *Pachín* da un bando, — que se encarga de hacer público el pregonero, previo un redoble de tambor, — á fin de evitar *ribulicios* y *zaragatas*, cuya parte dispositiva dice así: « D'orden del señor Arcarde s'avisá: Que cualesquiera mozo ú moza, chico ú grande que intente alterar el orden, será castigado por vez primera con todo el rigor de su vara. Asimismo, el que injurie demasiado al *angel* en la danze, ó tire ciertas aguas, que por su mala olor no dice cuales sean, al *demonio*, ó saque á relucir á su *Chata* en los dichos. No se permitirán disparos con balas y si con güetes, pague no ocurra lo que hace dos años, que por poco descabezaron al Santo, y dimpués tuvimos malas cosechas, por lo que hubo que arreglarle la herida. Lo que s'ace saber pa los efectos q' aiga. »

IV

Los pardales (chicos) de la *Pantagorda*, la *Pinchaiga* de *Quiquiriquí* y *Culebrica* voltean las campanas de la torre, anunciando que va á salir la procesión; que es lo mismo que decir á mozas y ancianas que saquen del fondo de las *arcas* sus *trapos de cristianar*, y cubran sus cabezas con la clásica mantilla redonda, de paño, con bandas de terciopelo, forrada de seda.

El señor cura, ayudado del sacristán, que con la misma habilidad que *hace la barba* masculla el latín, da las órdenes oportunas para que todo vaya en orden.

— ¡Chiquiól — grita *Culebrica* á *Quiquiriquí*; — que m'has *amolau* con el Santo: ¡rediez! y como pesa.

— Oye, tú, *Chiquitín*, — dice el *Tuerto*: — *mía* tú que va la *piana* bien *arregladica*.

— ¡*Coñal* y aquellos cintajos tan majos? Son del *chico* de la tía *Pinchaiga*, de cuando *golvió* de la *melicia*, — replica *Fencejo*.

— ¡*Paño!* — añade *Polvorilla*, — *pus* no va poco *repulida* la *Zaragatera*, *pa* llevar á la Virgen. Si *paice* un sol...

— Hoy sí que lucirá *Panercio* sus paños, llevando la bandera; ¡y que no pesa la *endina!* — murmura una anciana que quiere para su sobrina al mozo, por ser bueno, trabajador, el mejor tirador de barra del pueblo y sus contornos, y por... tener seis pares de mulas y unos *campicos*... que son una bendición de Dios.

— ¡*Ahítal!* — exclama *Pachín*, dirigiéndose al aguacil, — que m'has *ponido* torcidas las *rosacas* al Santo.

— ¿Estáis ya? — pregunta el angelical Cura, alma y vida del pueblo.

— Cuando su merced quiera, — contestan varias voces.

— *Pus* en marcha, — y la procesión sale triunfalmente, á los acordes de la gaita y el tambor.

Al aparecer la imagen del Santo, cargada de cintas y de monumentales roscones, disparan una escogida colección de cohetes.

Se me olvidaba indicar, que delante del Patrón bailan y palitroquean los danzantes, vestidos... no de moros y cristianos, según costumbre general en Aragón, sino de bailarinas estrambóticas: enaguillas, bajo las cuales aparecen, en vez de mallas que cubran las piernas, blanquíssimos calzoncillos; en el cuerpo, llevan jubones como las mujeres, y en la cabeza, el capeli (sombrero) de fieltro, anchote y con las alas vueltas hacia abajo, adornado con multicolores cintas, recuerdo del servicio militar.

Presiden, el Párroco, revestido con flamante capa pluvial del siglo xvi, y los de *Justicia*, que, como día de gran acontecimiento, lucen las largas y pesadas capas de paño pardo, tan características en las bodas, bautizos y entierros.

En las calles, tortuosas y empinadas, se ven colchas de damasco y de hilo, adornando los balcones y ventanas de las casas.

La fiesta del pueblo es siempre un acontecimiento, y así no es de extrañar que la del mío resultara solemnisima.

Terminada la primera parte de la festividad popular religiosa, da principio la de la Iglesia, así que las autoridades se han colocado en el presbiterio, los hombres en los bancos con los brazos cruzados y las piernas una sobre otra, y las mujeres en el suelo (esto es de rigor), sobre los talones, con tal destreza que afectan la forma de conos.

El órgano, tocado por el *mariscal* (albetar) especie de ungiendo blanco (1) y acompañado de la música del pueblo, la gaita y el tamboril, ameniza el acto, con la armonía que es de suponer, dada la calidad de los instrumentos; pero no vayas á creer, caro lector, que las notas se tapan los tímpanos auditivos, antes bien los dilatan, para no perder gente de aquella orquesta, que les sabe á *cosa del cielo*.

La función ha superado á la procesión, porque el orador ha hecho brillante bosquejo de la vida y milagros del Santo, llegando á conmovier el auditorio.

El refresco en la Alcaldía, da término á la fiesta de la mañana.

A las doce en punto, hora en que los perezosos de Madrid se dan cuenta de que es de día, los lugareños se encuentran en sus moradas respectivas, rezando la oración; y llenado este deber de cristiano, se disponen á saborear el clásico cocido, condimentado, como día solemne, con gallina, chorizo, jamón, etc... y al que hacen la corte un buen capón, un conejo, un sabroso plato de *magras* ó alguna que otra *friolera* por el estilo, que ayuda á digerir el excelente tinto ó *morapio*, presentado en fileteadas *jarricas* de azul.

(1) Para todo vale y para nada aprovecha.



V

El danze es otro de los números del programa, y por la animación que en él suele reinar puede asegurarse que es de los más favoritos de los matracos.

¿Y cómo no, si en los *dichos* se hace la colada de cuanto han visto ó oído durante el año á mozas y casadas, viniendo á ser algo así como el balance de todos los actos de los pacíficos moradores? En él se critica á la *Fulana*, por ser una *esmanotada* en su casa; á la *Zutana*, por si vendió el cerdo con trichina; á ésta, por empinar demasiado el codo, á aquella por *laminera*, pues se *chupaba* el jugo de la carne y después se la daba al calzonzos de su marido; *et sic de ceteris*.

¿Y al Santo? Pobrecillo ¡qué cosas le dice el que viste de *diablo!*; gracias que el *angel* se encarga de vengarle, dándole una estocada que lo deja fuera de combate.

Por eso, *Pachín*, que sabía lo que tenía entre manos, prohibió entre otras cosas el que se tocara á su *Chata*.

¿Y lo consiguió? Porque mis paisanos son muy testarudos, si bien en honor á la verdad, hay quienes les *dan quince y raya*.

Después de las varias danzas y contranzas de rúbrica principiaron los *dichos*; no he de entretenerme en su examen, basta lo apuntado. Sólo sí, diré que *Culebrica*, guapo mozo y mejor visto de las mozas, á pesar de las amonestaciones del *rabadán*, se atreve á tocar á la mujer del Alcalde, y aquí fué Troya. Vara en mano, baja del Ayuntamiento *Pachín*, sube al tablado, y cogiendo por el gazarate al *sacrilégio quebrantador* de su bando, no es floja la *somanta* que le da.

*Pachín* despatchado á su gusto, cuádrase con remuchísima tranquilidad, y pregunta á *Culebrica*, que se lamenta de lo que *pesa la justicia*:

— ¡Qué tal, mocosos, *escuesque, escuesque?* *Pus mía*, ve á casa y que mi *Chatica* te ponga *arnica*, y que te dé una *jarrica* de *morapio* por el susto, y *dimpués* á *muir ranas* (1).

VI

Siguiendo la costumbre de la mayoría de los pueblos de Aragón, de correr al anochecer el *toro de ronda*, terminado el danze, se marchan mis paisanos á rellenar de *algodones* el estómago con algún cordero, y una vez reforzados dirigen á la plaza, precedidos de atronadora música.

No hay que tomar localidades para presenciar la *corrida*; la entrada es general, en el verdadero sentido de la palabra, es decir, gratis.

Pero librese el *pijaito* (señorito) forastero, de trepar por una de las escalas ó posesionarse de algún carro ó tablado, únicos constituyentes del *circo taurino*, porque al instante será lanzado á la *arena*. Es preciso adquirir alguna relación ó presentar tarjeta de parentesco, para sin contratiempo disfrutar del espectáculo.

Recuerdo que en una de mis visitas á Cariñena con ocasión de las fiestas, me subí á uno de los improvisados asientos; estaba ya en el último travesaño de una escala de coger nueces (que es lo mismo que subir á un 5.º piso, sin ascensor, pero con principal y entresuelo) (2), cuando, asiendo por el cuello un robusto brazo, creí verme suspendido en el aire, si una mano vigorosa no le sujetaba, gritando al mismo tiempo mi improvisado salvador: « déjale, Toribio, déjale, que es el chico de la tía *Marigracia*. »

Suspendo la digestión, porque el tambor anuncia la salida del morucho: negro, corniabierto, de buenos pies y entrado en años; (dispensen los críticos, si no tengo tupé para hacer revistas).

En los pitones arden dos magníficas bolas de brea, que dan al espectáculo fantástico aspecto; los mozos, con kilométricas picas, hechas de troncos de árboles, en cuyo extremo hay un clavo puntiagudo, agujerean la piel del paciente bueyazo, que alguna que otra vez, socarra á los lidiadores. A la *Reina* (3), la quemó las faldas al ir á tirarle de la *coda*.

Todos los picadores de *á pie*, han *mojado* sus puyas en el animalito; todos, excepción de uno que, queriendo hacerlo con todas las reglas del arte, no se atreve por temor á los cuernos, y seguramente no se hubiera *estrenado*, si una voz de mujer no le saca del apuro: « ¡Repañó, mundol! ¡Lucio... pínchale, pínchale por el rabo... que todo es toro! » Era su novia; y oírla el pobre muchacho y arremeter con la *fiera*, á diestro y siniestro, fué cosa de un momento.

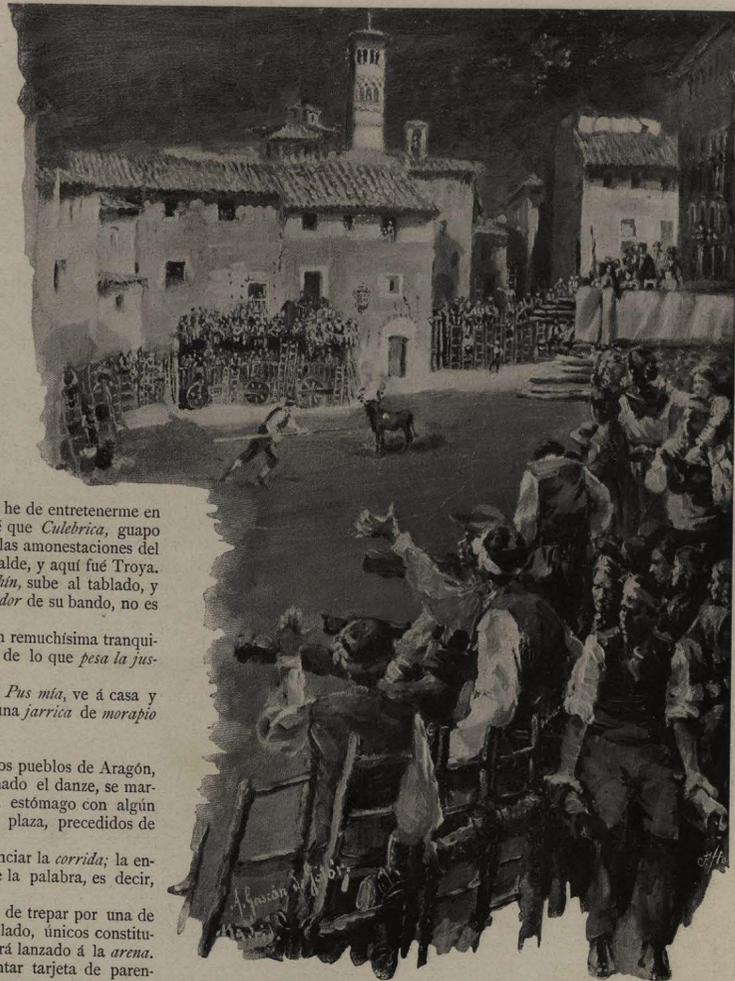
VII

Del toro de ronda, al baile. El que no ha visto bailar la jota, modesta y sencilla, no ha visto lo clásico de mi tierra.

Vaya una instantánea. Lugar de la escena, el zaguán de blanqueadas paredes, de pavimento pétreo y techumbre de vigas, colocadas horizontalmente, de una de las cuales pende monumental candelil ó velón de siete mecheros, que ilumina la estancia.

Los *ranas* (4), luciendo su típica indumentaria, preguntan á las matracas si *les cumple* bailar, y aceptado el convite, las llevan de la mano al centro del corro, donde ellas se desprenden, dando una vuelta bajo el brazo de su pareja.

(1) *A muir ranas*, significa ir á paseo. (2) No es hipérbole. (3) Se la daba este apodo por tener 22 hijos, y porque ya en el ocaso de su vida, se comió de una *sendada* tres docenas y media de pepinos. — Histórico. (4) Baturros.



Colocados frente á frente, ellas con los *brazos en jarras*, ellos con las manos abiertas, esperan á que los tañedores, rasguen las primeras notas de la popular danza.

Al principio, la jota es tranquila; pero bien pronto llega á su apogeo...

— Anda, *Conejo*, que te *pue* la *Manolita*, — dice uno.

— ¡Rediez, *Chupacharcos*, que bien la bailas! — añade otro.

— ¡Chiquiós! — gritan varios: — si *paice* un *locario* el chico de la *Pequeña!*

Y con estas y otras frases de buen humor, saludan á las parejas, que sin *rebilar* bailan la jota.

Cada vez que se oye una *canta* las parejas se unen, y al terminar se separan, dando la vuelta de rigor.

En las fiestas de mi pueblo, el héroe del baile es la *Chata*, porque después de una hora de movimiento, durante la cual ha rendido á siete *mozos de tripas*, arquea los brazos y, con remuchísimo gusto y arte, entona las siguientes coplas:

Que *quies* *continparas* Dichosos son los toreros, Lleva la tabernera  
á un charco con una *fuente*, que se acuestan sin candelil, pendientes de oro;  
sale el sol, y seca el charco, y á la mañana aparecen los caños de la fuente,  
y la *fuente* es premanente. rodeados de perejil. Es morena y la adoramos.

VIII

Guiados por la luz de la luna, los pacíficos vecinos se retiran á sus moradas.

Los mozos, queriendo prolongar más la fiesta, toman las bandurrias, puntean la jota con las púas sobre el cordaje de las vihuelas, y salen *de ronda* por las calles del pueblo, á cantar á sus *mañas* coplas como éstas:

Cuando querrá Dios del cielo, Una pata tengo aquí, Aunque te *igan* morena  
Y la virgen del Pilar, Y otra tengo en tu *tejavu*, Chiquiá, no te sepa malo,  
Que tu *ropica* y la *mía*, Mía si por tus amores, Que la Virgen del Pilar  
Vayan juntas á lavar. Vivo bien *espatarráu*. Es morena y la adoramos.

Suele haber jota mayúscula, que termina como el *Rosario de la Aurora*, cuando uno de los de la ronda, despatchado por la calabaza que le ha dado su novia, le dedica una copla como la que copio, en presencia del nuevo galán:

Asómate á la ventana, Que el día que tu naciste,  
Cara de limón *fuadrado*, Paró mi burra un pollino.

PEDRO GASCON DE GOTOR

ILUSTRACIÓN DE ANSELMO GASCON DE GOTOR.